

Días cero

Ésta es una historia verdadera, aunque me cueste creer que realmente sucedió. Es también una historia con persecución. Una historia de amor, así parece; algo raro en el mundo, en esta época de nuestro mundo.

Ésta es la historia de una Revolución.

Conozco al protagonista, y también a los que no lo son tanto.

Conozco el lugar, y los días pasados.

Conozco el motivo (el mío) y conozco los medios.

Sé quiénes serán los perdedores, algunos; y con suerte, quizá, quién no será destruido.

Pero yo no estaré, no creo, y no podría...

No se puede detener a los hombres una vez que han empezado.

No se puede parar a la gente una vez que ha empezado a creer.

“Seré mi biógrafa” podría entenderse como “seré la testigo” (expresión que no podrá encontrarse en ningún diccionario).

He aquí lo que ocurrió: corríamos todos hacia un

torbellino, que también era una especie de horno, en cuyo calor identidades y destinos acabarían por fundirse para cobrar nuevas formas.

Ésta es una historia cuyo final está vendido, todos lo conocemos: el arribo venturoso de 81 cubanos en el *Granma* a Santiago de Cuba, procedentes del puerto de Tuxpan, Veracruz, en México, para iniciar la guerrilla en la Sierra Maestra.

Lo lograron porque no sabían que era imposible...

Iré aún más lejos.

Ignoraba por qué hacía o me abstenía totalmente de hacer algo. A mí nunca me asustó la oscuridad, y aunque más tarde lo supe, el miedo a la oscuridad puede sintetizarse en un laboratorio. El miedo a la oscuridad es una conjunción de quince aminoácidos, o sea una proteína.

Un par de aclaraciones con respecto a los protagonistas, dos exiliados: una española, y el otro, un cubano.

Todo empezó unos cuantos meses antes de la celebración de la Independencia de México (puesto que la preparación de esta Revolución se hizo en la capital de ese país). Así, México es el nombre del país y México es también el nombre de su capital. En esta ciudad, casi todo se describe a sí mismo de manera precisa, según se muestra ante los ojos. Reina aquí la pobreza, pero se obstina en no distinguirse de lo vulgar, como si cualquier ambigüedad en la denominación de las cosas pudiera producir el hundimiento del presente y que éste quedara sumergido, igual que el pasado. Algo que siempre me pareció reconfortante son sus nubes abo-

rregadas, en tonalidades rosas; no importa qué pase abajo o arriba, ellas al final salen triunfantes, imitando las formas variadas de mamíferos complacientes. Cuando las nubes cobran venganza, al sentirse atosigadas por los contaminantes que suben y les llegan, se desploman atascando las alcantarillas con la basura que se apelmaza en los charcos. Quedan las calles, todo el día, cubiertas por una película de agua en la que brillan larvas de mosquitos, que flotan arriba del arco iris destilado de los herrumbrosos depósitos.

En esta urbe grandísima, llena, repleta e inundada, nos perseguían constantemente la DFS (Dirección Federal de Seguridad, policía política mexicana) y los esbirros camuflados enviados por Batista, desde Cuba, para el aniquilamiento de sus opositores revolucionarios, como eran los del Movimiento 26 de Julio, al cual yo me adherí.

Después de una reflexión profunda, sólo puedo localizar en México dos nombres de lugares que evoquen aceras resquebrajadas y árboles centenarios, un acontecimiento o una persona sugeridos de pretérito indio o colonial (San Ángel, Xochimilco). Claro, al protagonista masculino sólo le gustaban dos calles: Revolución y División del Norte, esta última por aludir al destacamento militar de Pancho Villa.

¿Que por qué los seguí?

Podría venir de algo que me llegaba de muy atrás, por algo que mi padre, Álvaro, contaba con orgullo, con orgullo de “español republicano”. Estando refugiados en París, en una casa de seguridad de amigos franceses antifascistas, narraba que la diversión del grupo (numeroso) era mi personita. Apenas llegaba a los dos

años y ya le explicaba al atento público las diferencias existentes entre los distintos regímenes: democracia, dictadura, monarquía, república, etcétera; y después de la larga perorata, contestaba siempre correctamente las preguntas de los amables oyentes.

¿Sería acaso ese anhelo de justicia y libertad inyectado en la sangre? ¿Esa búsqueda de la patria perdida?

Liberté, Egalité, Fraternité.

Esta historia, que sólo es para los vivos, la llamaré ilusiva, porque entonces yo era una estudiante de ilusión, además de juiciosa seguidora de la política; y nunca he podido sostener discusiones monetarias, porque alteran el flujo de energía trascendental. Cuento todo esto acerca de mí misma sólo para legitimar mi voz. No nos sentimos a gusto con una historia hasta que sabemos quién la refiere. Trato de establecer las debidas distinciones.

Nosotros, “los tres”, papá, mamá, niña, llegamos a La Habana en el primer periodo de la dictadura del cabo o sargento del ejército Fulgencio Batista; pero cuando yo exclamaba “¡Me gusta el presidente, es muy guapo!”, recibía un sopapo.

Desde entonces, cada vez que veo un negro guapo, me lo callo.

Desaprobaba la mezquindad y la ostentación.

En la escuela diurna a la que asistía, y que tenía por objetivo “el desarrollo de una actitud realista”, nos daban clases de natación y mi cabello rubio adoptaba una pálida tonalidad verde grisácea por el cloro de la piscina. Uno se imagina a una niña seria e indolente, de cuerpo suave por la grasa infantil, con un índice de

atención algo regular, además de un limitado alcance en su radio de intereses, salvo que éstos proviniesen de la política.

Así, así.

Un día de un calor fortísimo, fortísimo, llegamos al parque de Las Misiones (frente al Malecón), creo que para recibir la brisa, pero lo que recibimos fue una tunda. O más bien, una golpiza propinada por unos cuantos hombres que, salidos de la nada, se acercaron a mi padre. Él, sentado en un banco junto a mi madre, descansaba. En el suelo terroso, yo hacía pasteles con unos moldecitos. Los terribles hombres vociferaban improperios en contra de mi padre, acusándolo de... algo, insultos soeces, procaces y las siempre consabidas palabras: fascismo, opresión, cárcel, comunismo... que ya eran de mi cotidianidad. Él en vano se defendía, hasta que mi madre, envalentonada, tomó como arma defensiva mi muñeca (que descansaba a su lado en el banco) y se lanzó en contra del más golpeador. Lo molió a muñecazos, lo que desató una enorme trifulca, con más golpes de ambos lados. Como yo contemplaba la escena desde el suelo, me parecía una batalla de gigantes, hasta que llegó la policía y nos llevaron a todos. Lo único que saqué en claro de todo aquello fue una muñeca nueva (más bonita y más grande) y un helado que me proporcionaron los policías mientras esperaba.

Mi nombre es Isabel..., que no está mal, pero me habría gustado llamarme Clelia, como el personaje de *La Cartuja de Parma*, de Stendhal, el prototipo de la feminidad: sumisa, discreta, pura y enamorada.

De algo sí estoy segura: fui convenientemente vacunada contra el cólera, la viruela, el tifus, la fiebre

amarilla, la tifoidea, el tétanos y las paratifoideas A y B, todo esto escrito y sellado en un carné (número: M 469/326), con la foto de una niñita mofletuda que decía que había ingresado con una adulta (mi madre, Isabel) al campo de concentración de refugiados españoles en la frontera con Francia, en la ciudad de Jean les Pins.

Recuerdo a mi madre, que llevaba un “tú y yo” (una sortija con una perla negra y otra blanca) que salvó después de pagar con las otras alhajas su salida de ese campo de concentración. La veo con ropa de alto precio, cuyo deficiente estado era apenas perceptible: el imperdible que aguanta una hombrera del vestido floreado, el *zipper* que no encaja bien en la bolsa de mano de piel de cocodrilo; y todo parecía delatar alguna equivalente deficiencia en la moral, cierta vulnerabilidad, cierta angustia. Caminando con deliberada lentitud, al tiempo que anudaba y volvía a anudar un chal que el viento nocturno no cesaba de sacudir, parecía concentrar toda su atención en él, aparentemente ajena a las circunstancias deprimentes y desoladoras que nos aquejaban.

Otra vez, otro exilio...

Salimos así de Cuba, del primer periodo batistiano, donde llegamos provenientes de París y vivimos varios años; en donde yo aprendí a hablar y a escribir en español. No obstante, no fue sino hasta que perdí un empaste, y se presentó la ocasión de estar en la silla del dentista, cuando me enteré, al contarle mi padre. Nuestra salida intempestiva de La Habana, acompañados por los militarotes armados, había sido por su pertenencia al Partido Comunista Cubano.

O sea, España, Francia, Cuba.
En seguida.

Lo siguiente se lo escuché al piloto del avioncito militar cubano que nos condujo precipitadamente, mientras sus compinches nos empujaban presurosos por la espalda para que juntos subiéramos al aparato con alas, e iban amenazándonos con rifles de alto calibre. Este piloto cruzaba el Atlántico para conducirnos a México, y muy sabedor de los usos y costumbres de ese país, aleccionaba a mis padres, mientras yo me entretenía en abastecer las bolsas especiales para el vómito. En cuanto avistamos tierra preguntó:

—No conocen las pirámides de Teotihuacán, ¿verdad? —y al oír la negativa continuó—: ¡Pues verán, ésta sí que va a ser una entrada triunfal en la mexicanidad! —y viró para enfilar sobre la “Calzada de los Muertos”, la larga avenida que separa las dos pirámides: la de la Luna y la del Sol.

Algo que me inquietaba sobremanera de México era no poder estar segura, nunca, de que en la comida no hubiesen mezclado un poco de marihuana como condimento, ni de que los tacos no estuviesen rellenos con el dedo de un niño, aunque ya para entonces yo empezaba a darme cuenta de los muchos defectos de esta parte del mundo mexicano: el más bien iluso machismo, la contraparte susceptible y el convencimiento de que su herencia (de todos) por fuerza debía ser aristocrática. Por otro lado, la manifestación de resentimiento proletario se mantenía en estado simbólico en su mayor parte, aunque la infección intestinal fuera la causa principal de muerte natural y encabezara la lista de descontentos.

Soñaba mi vida.

Como un dato más, diré que aprendí a distinguir

a los que le tenían miedo a la oscuridad (por aquella estructura molecular de la proteína, que más arriba relaté).

Todo recuerdo es lírico; todo desenlace, divertido, y a veces también irónico.

Estaba mi madre.

Estaba mi padre.

Estaba yo.

Sólo los tres, en este inmenso país.

Estaba la calle de Córdoba, en la colonia Roma, donde vivíamos y adonde de vez en cuando llegaban personajes importantes de la política cubana, también exiliados por sus ideas progresistas y de izquierda. Solían quedarse a vivir cierto tiempo con nosotros, hasta que se instalaban por ellos mismos. Recuerdo sobre todo uno por enorme: tenía unas manos inmensas y me acariciaba siempre el pelo cuando me cruzaba en su camino. Decía “¡por ser tan rubio!”, pero yo creo que por ser él tan negro y grandote.

Mi madre, en los “peores momentos” (mis berrenches, travesuras, etcétera), hablaba como si mi padre la hubiera eximido del voto de silencio, desde algún profundo vacío y agotamiento nervioso, que transmitía sumisa. Hablaba con una voz suave, clara y curiosamente confidencial, que acompasaba con las largas bocanadas de humo que salían de su boca, después de haber chupado la boquilla rellena de algodón de unos cigarrillos llamados Rusos, que venían empacados en cajitas de cartón rojas. Uno de esos “peores momentos” (así los llamaba), numerosos en mi infancia, fue cuando, henchida de valor “antifascista-izquierdoso-republicano”, rompí con piedras (que cargaba en los bolsillos de mi

delantal del uniforme de la escuela) los vitrales con motivos religiosos de la iglesia católica más próxima a mi propia casa, la del Perpetuo Socorro. En la vertiginosa huida del lugar, al lograr un atajo en el camino, atravesé un mercadillo y tuve tiempo para proporcionarme una lata de... ¿algo?, y desde luego un succulento pan, que abiertamente expuesto escuché claramente cómo me llamaba por mi nombre para irse conmigo.

¡Dicen que el Diablo es muy buen lingüista!

Más tarde, esperando en la oscuridad, a la cual no temía, por aquello de las proteínas, escondida en un portal bajo la lluvia (acá siempre llueve mucho), descubrí que la lata era de paté francés. Lo devoré sacándolo con los dedos y untándolo en el pan. Imposible olvidarlo, puesto que tres días después seguía siendo presa de una terrible diarrea, con espantosos dolores abdominales; y además tuve que padecer el consabido castigo, pues el cura chismoso logró localizarme para acusarme y cobrar los desperfectos.

Así las cosas.

Para cuando Fidel y yo entramos en conocencias, mi padre había logrado ya un estatus importante. Su compañía, llamada Teatro Clásico Español de México, gozaba de gran prestigio. Las obras que presentaba pertenecían al repertorio clásico, al teatro del Siglo de Oro español: Lope de Vega, Calderón de la Barca, Fernando de Rojas, Cervantes y así. Los premios y trofeos ocupaban grandes espacios entre los estantes de los libreros, junto a los libros, que era lo único que siempre permanecía intacto en la casa. El resto, como el refrigerador, el auto, los sofás, el comedor, los adornos, los cuadros, el tocadiscos, salían periódicamente por la puerta, lleva-

dos en hombros por los ropavejeros de La Lagunilla (un mercado de cosas viejas y usadas que se ocupa en exhibirlas para venderlas). Al cabo de un tiempo, entraban otros, nuevos y diferentes, a sustituirlos, todo según el éxito de la “nueva temporada” en cuestión.

¡El Teatro se come a grandes bocanadas el dinero!

De haber nacido en otras circunstancias y no durante un bombardeo en un hospital para heridos de guerra, quizá no tendría que padecer el sangrado de la nariz que me ocurre cada vez que se apodera de mí algo como una desazón, como algo tremendísimo, como algo que no sé... algo. Ahora estaba en suelo firme, en México, con varios años atrás, y por delante el exilio, pero con tiempo suficiente para observar los esfuerzos de una pareja de moscas tratando de liberar sus patas de la crema de encima del postre de natillas que cocinaba mi madre.

El aire.

La soledad.

Las... las largas caminatas, las comidas condimentadas: el chorizo, la morcilla, la sobreasada, el salchichón, la tortilla de patatas, la leche frita, el cocido madrileño... ¡ah, con un Rioja!

Yogur al atardecer.

¡Lee, trabaja, destila!

Eran la máximas papales (de mi padre).

Y yo, ¡observo, reflexiono, dudo!

Por las noches íbamos al cine los tres (¡oh felicidad!), de paseo bajo las hileras de bombillas, inútiles casi todas en cuanto caía la primera lluvia. La ciudad, cuando anocheecía, quedaba entonces bañada por una necrótica semiclaridad amarillenta; y yo preguntaba:

—¿Por qué en las películas a los esposos de las futuras madres los tienen que poner al tanto de sus embarazos? —y al no recibir más que una sardónica sonrisa de ambas partes, seguía—: ¡Bueno, ¿creen acaso que las espectadoras somos todas tontas?! ¡Ah, pero yo no!

Nacionalidad: Mexicana.

Aunque lo desmientan en el pasaporte (número: Mx 300), porque dice: mexicana por naturalización, nacida en Valencia, España.

Estando en presencia del ex presidente Lázaro Cárdenas, el día que fuimos Fidel y yo a darle las gracias por haberlo librado de la cárcel de presos políticos, supe cómo gracias a su ayuda pudimos entrar en México todos los refugiados españoles y gozar de todos los privilegios de los mismos mexicanos, precisamente por ese pequeñísimo detalle que dice “naturalizada”. Yo también le di las gracias por todos nosotros, contando a los niños, por supuesto.

Y como así era, desde que tuve pasaporte empecé a hablar como mexicana: todo con eses. Las Z y las C las dejé en España, dentro de los refugios contra los bombardeos, donde al parecer jugaba despreocupada con los niños encerrados allí también como yo, junto a mi madre, que tejía con las otras madres (aunque nunca llegué realmente a ver el fruto del tejido). Mi padre no estaba con nosotras, porque se encontraba “en el frente”. Eso del “frente” yo no lo tenía muy claro, pero cuando preguntaban por él, yo contestaba: “en el frente”, y en seguida se hacía un silencio respetuoso.

Me ha parecido oír por allá que el pasado no interesa.

A mí sí.

Siento el desdén por ser “de afuera”, una intrusa.
Soy de afuera.
He sido de afuera toda mi vida.

Frente a un mapamundi en blanco, habría sabido situar las iniciales de los países donde existía algún conflicto bélico. Sobre la Guerra Civil española, conocía de memoria las diferencias ideológicas que distinguían a las diversas brigadas del PSUC de la milicia del POUM, y así. Me daba cuenta de que algo siempre estaba ocurriendo en el mundo político.

En cualquier caso.

Esa mañana de aquel verano húmedo...

Pero no, antes tengo que decir que la mayor parte de lo que sé, la parte de lo que sé más digno de confianza, deriva de mi capacitación en el terreno de la conducta humana, en poder distinguir de inmediato en los otros el miedo. Realmente no sé si también se deba a otra cualquiera proteína (como la famosa de la oscuridad); sin embargo, el miedo lo huelo. Creo que esto proviene de la guerra, y como yo estuve allí, se me quedó pegado en las fosas nasales. Nada nos acerca tanto a otros seres como el tener miedo juntos.

El miedo es un atributo muy poderoso.

Sigo.

La mañana de aquel húmedo verano se levantó el viento. Las persianas de madera muy fina se golpeaban contra las ventanas abiertas, que no se podían cerrar, pues toda la casa se llenaba con el olor de la cebolla frita que estaba guisando mi madre para preparar la tortilla de patatas.

—¡El timbre, que alguien abra la puerta, coño!
—gritó desesperada.

Acudí solícita y ¡oh sorpresa!: Néstor Almendros, muy tieso sosteniendo su maleta (venía de Cuba) con una gran fila de dientes relucientes. Abrazos, besos; esta llegada significaba una puerta abierta hacia la libertad y la confianza. Pero no hay que confundirse. Este verano no es el que luego será el famoso de la cárcel de Inmigración para presos políticos de Miguel Schultz, en donde Néstor le hizo una entrevista con fotos a Fidel y a todo su grupo, unos días antes de que los pusieran en libertad (salvo al Che Guevara, que permaneció preso varias semanas más). Esa vez él llegó como corresponsal de la revista *Bohemia*, precisamente buscando la noticia de los forajidos antibatistianos; pero todos los veranos anteriores Néstor llegaba de vacaciones a mi casa, pegado a su cámara, y juntos recorríamos los más interesantes sitios arqueológicos del país, que son muchos y espléndidos. Por eso me refiero a la “Libertad” (la Libertad con mayúscula), porque mi padre, que era encantador y despreocupado para todo, para cuidar mi integridad física, sin embargo, me tenía bajo cuarenta candados, resguardando mi pureza virginal cual damisela del medioevo.

Néstor Almendros era hijo de un compañero suyo de clases (del famoso Instituto Escuela de Madrid, que tantos intelectuales de renombre proporcionó a América) y que en aquel entonces fungía como rector de la Universidad de Oriente en Santiago de Cuba. Néstor, atraído por las bellezas visuales de México (recordemos que más tarde ganaría un Oscar en Estados Unidos y varios Cesar en Francia por la fotografía de famosas

películas premiadas en ambos países), como fotógrafo recorría, usándome de cargadora de sus utensilios e implementos, los diversos parajes exóticos que abundan por estas latitudes.

Quien vive una vez, vive para siempre...

¡Ah, las fechas exactas!

Mi aversión por las fechas (que me sigue hasta hoy) empezó en la escuela, en el Liceo Franco Mexicano, en donde nos hacían aprendernos los años, los meses, los días y algo más; por ejemplo, de toda la parentela de la familia Plantagenet, sus batallas, sus bodas, sus festines, sus asesinatos, sus robos, sus masacres... (¿o qué me dicen de toda la saga de los Luises...?).

Néstor era siete años mayor; eso lo colocaba por encima ante los ojos de mi padre, pero cuando nos encontrábamos fuera del alcance patriarcal, los poderes se trastocaban. Sentados a la luz de la luna, afuera de la tienda de campaña, sorbiendo un café con “piquete” me argumentaba:

—El fascismo es diferente del nacionalsocialismo, y por supuesto del comunismo, pero esa especificidad no niega su condición de experimento totalitario y de movimiento revolucionario, por cuanto pretende una mutación radical del poder.

Y yo:

—Claro, por eso se trata de producir un conocimiento racional del pasado humano, incluso en sus manifestaciones más irracionales, ya que implica la exigencia de explicar fenómenos que siguen hoy gravitando sobre la vida de las democracias.

Las chispas de la fogata, junto con el resplandor de las estrellas de la Osa Mayor, alumbraban el pequeño

círculo protegido de depredadores que gustasen visitarnos (sólo los de cuatro patas, porque también pululaban los de dos). La noche de las disertaciones sobre el fascismo (nuestro tema favorito), nos encontrábamos en la ruinas de la pirámide de Xochicalco (ciudad que marca la transición entre dos culturas, de acuerdo a los frisos que la rodean y que adoptan variadas formas), en Morelos. Entre los edificios que la circundan existe una caverna, a la cual debe llegarse en plena oscuridad a través de unos escalones estrechísimos hasta tomar posición bajo un pequeño agujero excavado en la superficie, y en donde al estar a la hora indicada se ve al planeta Venus, o Lucero de la Mañana.

Ilusiones mentales.

Cuando volvíamos a la ciudad íbamos al cine, que años más tarde sería “su suerte”. Nos gustaba la *Nouvelle Vague française du cinéma*: François Truffaut, Roger Vadim, Éric Rohmer, Claude Chabrol...

Hubo una pausa.

Néstor succionó aire a través de los dientes y sus lustrosas uñas tamborilearon sobre la tapa del azucarero, que resbaló; luego, sin pronunciar palabra, hundió el pulgar en el azucarero y, con la vista clavada en mí, succionó el azúcar que había quedado adherido a uno de sus dedos, al tiempo que las palabras comenzaban a fluir pausadamente, como si llegasen de muy lejos, con mucha dificultad.

—¿Sabes...? —a veces se le escapaba el acento catalán— A mí las mujeres... las mujeres... me... me parecen sosas, es decir, no me gustan...

Yo, enigmáticamente inexpresiva, con los ojos apenas parpadeando, los codos apoyados sobre el man-

tel de plástico manchado de comida y moscas, en una mesa comunal enorme, de las que suelen estar llenas de comensales en los mercados populares:

—¿Y tienen que gustarte a fuerzas? —largo silencio—. ¿Qué importa eso? —mirada oblicua inquisitiva y silencio—. A mí no me gustan las lagartijas, ¿y a quién le interesa?

La rotunda carcajada dio por terminada la instructiva conversación de sobremesa pueblerina.

Al volver a casa de estas excursiones, mi madre siempre se extrañaba de mi “muy notoria delgadez”.

—Hija, ¿qué te sucede en estos quehaceres que te exprimen en tal forma?

A mi madre, a quien nada le pasaba inadvertido (en ningún sentido), no podía confesarle mis múltiples pecados. Éstos consistían en comer todo lo que ella me tenía prohibido: peneques, tlacoyos, huaraches, chalupas, gorditas, pambazos, enchiladas y los famosos tacos, que desde luego no estaban rellenos de dedos de niños, pero sí de productos inefables con muchísimo chile y que me provocaban unas diarreas perennes que me dejaban en los huesos. Todo esto acompañado por los kilómetros de pecas que mapeaban todo mi cuerpo, más las picaduras de mosquitos y quién sabe cuántos bichos más. Sus últimas palabras eran al final las mismas:

—¡Siempre lo he dicho, la selva es peligrosísima, que manía en querer descubrirla!

Esto ponía fin a la última excursión, hasta el año siguiente, cuando Néstor Almendros volvía otra vez de Cuba.